



## “UNA AGRESIÓN AL HONOR NACIONAL”: EL INCIDENTE DE LA LEGACIÓN ALEMANA A TRAVÉS DE DOS CONTEMPORÁNEOS

Diego Canales Ramirez<sup>1</sup>  
Daniela Muñoz Leiva<sup>2</sup>

### RESUMEN:

*El incendio intencional de la Legación alemana en Santiago, para ocultar un robo, produjo una situación especialmente delicada para Chile. El análisis de los textos Beckert o el crimen de la Legación Alemana de Vicente Donoso Raventos y Fuego y tinieblas: o el drama de la Legación Alemana de Claudio de Alas, permite comprender el imaginario de “defensa de lo chileno contra una agresión internacional”.*

**Palabras claves:** Legación Alemana, Beckert, arquetipo nacional, identidades defensivas, defensa de lo chileno.

### ABSTRACT:

*“AN AGGRESSION TO NATIONAL HONOR”: THE INCIDENT OF THE GERMAN LEGATION THROUGH THE EYES OF TWO CONTEMPORARIES*

*A particularly delicate situation for Chile was the consequence of the arson of the German legation in Santiago, in order to hide a robbery. An analysis of titles like Beckert o el crimen de la Legación Alemana by Vicente Donoso Raventos and Fuego y tinieblas: o el drama de la Legación Alemana by Claudio de Alas allows us to understand the imagery of “protection of Chilean spirit against an international aggression”.*

**Key words:** German Legation, Beckert, national archetype, defensive identities, “protection of Chilean spirit”.

## 1. INTRODUCCIÓN

Uno de los elementos clave que permiten el logro de la cohesión interna de un pueblo es la identificación con un conjunto de valores que forman su *identidad* nacional, la cual permite su defensa contra estímulos del exterior que son considerados agresiones. Así ocurrió en 1909, mientras Chile preparaba afanosamente la celebración del Centenario de la Independencia, con el llamado *Crimen de la Legación Alemana* o *Crimen de Beckert*, que estuvo a punto de provocar un grave conflicto diplomático con dicho país.

El mediodía del 5 de febrero de 1909, unos vecinos de la Legación Imperial de Alemania en Santiago, ubicada en la esquina de Nataniel Cox con Alonso Ovalle, advirtieron que una columna de humo salía por una de las ventanas del edificio. Con mucho esfuerzo, lograron entrar, pero al asomarse a una habitación interior, el fuego los obligó a retirarse. A pesar del esfuerzo de los bomberos, el fuego se comunicó a todo el edificio, cuyo piso superior se derrumbó<sup>3</sup>.

\* Fecha de Recepción: Agosto 2008.

Fecha de Aceptación: Septiembre 2008.

<sup>1</sup> Canales Ramirez, Diego, Departamento de Historia, Universidad de Santiago de Chile, Santiago, Chile.

<sup>2</sup> Muñoz Leiva, Daniela, Estudiante del Departamento de Historia, Universidad de Santiago de Chile, Santiago, Chile.

<sup>3</sup> Santiago Benadava, *El crimen de la Legación Alemana*, Santiago, Universitaria, 1986, pp. 9-10.

En la Legación trabajaban tres personas, dos alemanes y un chileno, al mando del barón Hans von Bodman, Ministro Plenipotenciario. Los primeros eran el Secretario de Legación Juan Bernardo von Welczeck y el Canciller Guillermo Beckert. El chileno era el portero Exequiel Tapia, que había sido soldado en el Regimiento Cazadores. Alrededor de las cinco de la tarde, cuando el fuego se había dominado, von Bodman manifestó su inquietud por Beckert. Tres horas más tarde, se encontró en uno de los extremos de la pieza interior de la Legación un cadáver carbonizado que en el dedo anular tenía una argolla nupcial con la inscripción N.L. 13/3/99, que correspondían a las iniciales de la esposa de Beckert (Natalia López), y a la supuesta fecha de su matrimonio (marzo de 1899). Ese anillo, junto a otras evidencias, hizo creer a toda la opinión pública chilena que el muerto era el canciller alemán, culpándose al portero que había desaparecido misteriosamente<sup>4</sup>.

La sospecha sobre Tapia era compartida por gran parte de la opinión pública, debido a un incidente ocurrido con unos excursionistas alemanes en el pueblo de Caleu (actual comuna de Tiltil). A comienzos de 1908, un grupo de aldeanos los confundió con cuatrerros y comenzó a dispararles, matando a uno e hiriendo a cinco. Se sometió a proceso a quienes resultaran responsables, pero durante mucho tiempo Beckert y von Bodman recibieron anónimos que exigían el retiro de la demanda. De hecho, al día siguiente del incendio de la Legación, von Bodman recibió un anónimo que decía:

No quisieramos habernos visto obligados a hacer efectiva nuestra amenaza, pero ya que Ud. se empeñó en no querer haser [sic] lo que nosotros le exigimos hicimos matar a su secretario i quemar en su Legación toda la papelería que encontró. [...] Si Ud. insiste en su propósito de haser [sic] castigar a nuestros compatriotas de Caleu Ud. i su casa correrán la misma suerte como su secretario i la Legación<sup>5</sup>.

Sin embargo, en la noche de ese día comenzaría a desnudarse una compleja trama que llevaría a un desenlace insospechado. El austriaco Otto Isaskovich había visto nada menos que a Beckert a la entrada del portal Edwards, y al no saber que este había muerto en el incendio, lo saludó normalmente, pero este último subió a un coche y desapareció rápidamente<sup>6</sup>. Otra evidencia que surgió en contra de Beckert fue el análisis de la dentadura del cadáver, efectuada por el Director de la Escuela de Dentística, doctor Germán Valenzuela Basterrica, el que comprobó que al cadáver tenía su conjunto dentario intacto, y la esposa de Exequiel Tapia declaró que a su marido no le faltaban muelas. Los doctores nombrados por el Tribunal ratificaron que el cadáver no correspondía a Beckert, por lo que se inició de inmediato su persecución, para ser finalmente capturado en el momento en que escapaba a Argentina por el cajón de Micauquén. Cuando el ministro alemán se enteró del hecho, destituyó a Beckert como Canciller y lo entregó a las autoridades chilenas, quienes lo sentenciaron a muerte, siendo fusilado el 5 de julio de 1910.

Este crimen, ordinario en apariencia, fue considerado una agresión al Estado, y más aún, al pueblo chileno como conjunto. Esta "conciencia del sentirse agredido" se enmarca en la visión positivista de los escritores y artistas chilenos que señalaban el deber nacional de capturar al asesino: Guillermo Beckert. Esa cosmovisión queda especialmente reflejada al analizar la percepción de dos contemporáneos sobre el incidente de la Legación Alemana. Los trabajos de Vicente Donoso (que escribió con el seudónimo de *Tartarin i Mora*), periodista del diario *La Unión* y el colombiano Jorge Escobar Uribe (conocido en Chile con el seu-

<sup>4</sup> Benadava, op. cit., pp. 10-13.

<sup>5</sup> Citado en Benadava, op. cit., pp. 15-16.

<sup>6</sup> Benadava, op. cit., pp. 20-27.

dónimo de *Claudio de Alas*), están claramente influenciados por las representaciones positivistas de la época. La lectura de esas obras permite afirmar que ambos autores coinciden en señalar a Beckert como responsable de un crimen imperdonable, porque agredió no solo a un chileno, sino que actuó premeditadamente para atacar a toda la nación chilena.

Esta premisa fundamental permite organizar el trabajo en torno a tres ejes. En primer lugar, se hará un contexto histórico del surgimiento y evolución del paradigma positivista en Chile, para luego reflejarlo en la visión de los intelectuales contemporáneos. Finalmente, se verá como este positivismo es reflejado en las dos obras publicadas con motivo del crimen, formando un arquetipo nacional que defiende "lo chileno" ante agresiones externas.

## 2. POSITIVISMO EN CHILE

Los orígenes del positivismo en Chile se remontan a la segunda mitad del siglo XIX, a partir de las reflexiones sobre la política, la sociedad y la economía de Chile, influenciadas por los postulados europeos, en especial los de Auguste Comte, cuestionándose la directa influencia de la Iglesia en la vida cotidiana. Los intelectuales positivistas contemplan a la sociedad chilena como un sistema compuesto por diversas estructuras encargadas de un rol determinado, deteriorándose el sistema completo si una de estas estructuras sufre un fallo.

Para los positivistas, Chile debía superar la grave crisis que sufría, en especial en sus organismos fundamentales: el Estado, el Poder Legislativo, el sistema educacional y la Iglesia, requiriéndose una transformación radical de las prácticas políticas, y por sobre todo, una reorientación de las políticas educativas, pues se concebía la educación como la palanca para el progreso del país. Los intelectuales positivistas planteaban que la Iglesia y sus principios impedían seguir el camino correcto, sumiendo al país en un atraso. Como estilo de vida, el positivismo debía convertirse en una *Nueva Religión para la Humanidad*<sup>7</sup>, superando la *barbarie* de los dominios teológico y metafísico, apoyándose en las estructuras que dan forma a la sociedad, en especial la educación, que debía ser replanteada como la base del porvenir de Chile.

Con el nombramiento de Diego Barros Arana como Rector del Instituto Nacional en 1863, se inició una etapa de reestructuración de las tendencias legislativas y educacionales chilenas. Marcadamente influenciados por el positivismo, intelectuales y políticos buscan la *verdad absoluta*, es decir, la instauración de un orden racional a través de la educación, como base de la cultura científica. La educación debía ser reformada, pues era *el camino a la nueva mentalidad*<sup>8</sup> que permitiría la reorganización social. La instrucción era la llamada a difundir la cultura científica, fuente del verdadero conocimiento y única que podía proporcionar a la inteligencia nuevos hábitos acordes con el progreso del espíritu y solucionar en definitiva todos los problemas que aquejaban al género humano<sup>9</sup>.

Para los intelectuales positivistas (como Valentín Letelier, Juan Enrique Lagarrigue y Juan Serapio Lois), la educación debía clasificar las ciencias y jerarquizar los planes de estudio, dando una especial relevancia al conocimiento científico o experimental y la ense-

<sup>7</sup> María Eugenia Pinto, "El positivismo chileno y la laicización de la sociedad 1874-1884" en Ricardo Krebs, (ed.), *Catolicismo y laicismo: seis estudios*, Santiago, Ediciones Nueva Universidad, 1981, p. 214.

<sup>8</sup> Pinto, op. cit., p. 226.

<sup>9</sup> *Ibid.*

ñanza de la historia, pues se creía que la sociedad chilena atravesaba una anarquía debido a la hegemonía del orden teológico y metafísico<sup>10</sup>. Lagarrigue postulaba que *los pueblos valen lo que saben*, como base para la ansiada reforma educacional que superaría el tradicionalismo, el cristianismo y la corrupción, enraizadas en un sistema educativo que coartaba el desarrollo de la inteligencia, poniendo trabas a las transiciones rápidas que necesitaba Chile. Y lo que era peor, impedía la formación de ciudadanos responsables y capaces tanto de gobernar como de ser gobernados, debido a que no podían pensar por sí mismos sino que se dejaban llevar por la influencia del clero como tradicional rector de la conciencia de las personas<sup>11</sup>. Esta premisa llevaba a los positivistas a criticar el modelo educativo cristiano-católico, en el que las respuestas eran dadas por el poder eclesiástico, cuyos conceptos e ideales procedían del modelo metafísico y teológico, alejando a Chile de la gran civilización y de los adelantos en materias como la economía, que retrasaban el desarrollo industrial y comercial. Era necesario *laicizar la sociedad chilena*, para que avanzase por el camino del progreso y construyese la felicidad superando la corrupción que perturbaba la paz pública y el orden social<sup>12</sup>.

El otro gran ideal positivista fue implantar el *Estado positivo* a través de la reforma política, convirtiéndola en una ciencia moral que desplazara las intrigas de los elementos oligárquicos. Si bien los positivistas planteaban un liberalismo no pretendieron llevar éste al pie de la letra, siempre rescataban la contextualización de la sociedad chilena. Los positivistas se pueden identificar en los radicales del periodo, aquellos que toman en cuenta las características globales de la sociedad, y por tanto no obviando lo totalmente perceptible como era la pobreza, la desigualdad, entre otras. Según la historiadora María Eugenia Pinto los positivistas velaban por un bien común, por una sociedad estable, este organismo que se compone de distintas partes y funciones, y como tal debe estar en armonía para progresar, para los positivistas el cristianismo impedía esta función, ya que la religión postulaba al rescate de lo individual, la salvación propia dejando de lado a la comunidad<sup>13</sup>.

### 3. POSITIVISMO Y CRÍTICA: 1900-1910

La labor positivista se manifestaría con fuerza durante la primera década del siglo XX, un siglo que se inicia con una admirable fe en el progreso y en la "modernización social" que los inventos traerían. Ciudades como Santiago y Valparaíso habían conocido los nuevos adelantos: el telégrafo, el fonógrafo, el teléfono, la electricidad, el automóvil e incluso vieron aviones surcar el cielo, pero junto a estos avances, la ciudad retrataba su "cara negra", a través de la "cuestión social" que sería el centro del debate durante los últimos años del siglo XIX y los primeros años del siglo XX.

La Guerra del Pacífico le permitió a Chile no solo adueñarse de la riqueza salitrera de las provincias de Tarapacá y Antofagasta, sino que también lo convirtió en una potencia militar en América Latina. La demanda salitrera estimuló el crecimiento de las ciudades, pero también facilitó el surgimiento de sectores de pobreza en las ciudades como Santiago. En los "conventillos" o "cités", donde se aglutinaban las clases populares, enfermedades como la disentería, la fiebre tifoidea y el cólera diezmaron a la población.

<sup>10</sup> Ibid.

<sup>11</sup> Ibid.

<sup>12</sup> Ibid.

<sup>13</sup> Pinto, op. cit., p. 240.

La contradicción entre el progreso y los problemas que se observaban en las ciudades era motivo de crítica para los intelectuales positivistas de principios del siglo XX. Se culpaba especialmente al gobierno, por la relación existente entre política y dinero, que influía poderosamente en las elecciones (cada candidato a elector de Presidente significaba unos diez mil pesos, según datos de Góngora<sup>14</sup>), y los abusos del caciquismo en las zonas rurales. Ese materialismo se revela patente en el programa de Juan Luis Sanfuentes en 1906:

Lo que caracteriza a nuestra actualidad política no es ciertamente el espíritu de reforma de las instituciones ni el propósito de elevar el nivel intelectual del país. Estas son aspiraciones candorosas de espíritus retrógrados y pesimistas, que sueñan buscando orientaciones en un pasado ya lejano... Ese era el país en otros tiempos. Pero el Chile de hoy está más avanzado; la República ha entrado de lleno en la gran corriente de los intereses positivos. El país quiere hombres nuevos y emprendedores, hombres en quienes no sobrecoja ningún pánico en el mercado y que sean capaces de lanzar la patria por los caminos que llevan a la prosperidad y la riqueza<sup>15</sup>.

La crítica de la intelectualidad positivista encuentra su máxima expresión en Nicolás Palacios (1854-1911). Este médico, influenciado por la antropología evolucionista de Spencer, publica en 1904 su libro *Raza chilena*, el que glorifica al "roto" chileno descendiente del cruce entre españoles y araucanos, y critica a los extranjeros traídos por agentes de colonización y protegidos por "gestores administrativos" a quienes acusa de corrupción. Este inmigrante. Según Palacios, no ve un pueblo organizado moral y políticamente, sino solo riquezas que explotar. En una conferencia sobre "La decadencia del espíritu de nacionalidad" (1908) terminaba proféticamente:

En la atmósfera moral de Chile flota a la fecha un vago presentimiento de males futuros, de intranquilidad por el porvenir, de presagios siniestros, algo como la conciencia de un mal interno indefinido, que royera sordamente los centros mismos de la vida nacional. Esta alarma general de los ánimos ha traspasado ya los límites de la inquietante duda y el pueblo chileno empieza a perder la antigua fe en sus destinos. El lazo que une los mil motivos de descontento es, pues, el sentimiento de nacionalidad, el instinto magníficamente desarrollado de patria<sup>16</sup>.

Otra importante obra de este movimiento es la de Francisco Antonio Encina (1874-1965), titulada *Nuestra inferioridad económica* (publicada en 1911). En este libro, critica la caída del espíritu empresarial que se manifestaba a mediados del siglo XIX entre los pioneros que emigraban al Norte. Encina culpaba de ello al sistema educacional, y en especial a la enseñanza secundaria:

La enseñanza secundaria generó el tipo de bachiller, especie de babu indo, cuyas líneas salientes son el vacío moral, la fatuidad intelectual y la incapacidad para ganarse la vida en ningún oficio útil. Entre 1850 y 1859, la Universidad tituló por término medio 19 al año; entre 1875 y 1879 ya titulaba 174. La flor y nata de nuestra raza, lo que mas vale en carácter, en inteligencia y en moralidad, al revés de lo que ocurre en Estados Unidos, se alejó de la actividad productora y se dirigió hacia las profesiones parasíticas<sup>17</sup>.

Pero quizá la crítica más fuerte hacia la oligarquía vendría de un docente. Alejandro Venegas, profesor de Francés en el Liceo de Talca, publicó en 1910 el libro *Sinceridad: Chile*

<sup>14</sup> Mario Góngora, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, Santiago, Universitaria, 2003, p. 117.

<sup>15</sup> Góngora, op. cit., pp. 118-119.

<sup>16</sup> Góngora, op. cit., p. 123.

<sup>17</sup> Francisco Antonio Encina, *Nuestra inferioridad económica*, Santiago, Universitaria, 1990, p. 194.

*íntimo en 1910*, con el seudónimo de Dr. Valdés Cange. Esta obra es una crítica abierta a la oligarquía y la pasión guerrera del chileno. Según Venegas:

El Congreso Nacional, que tan avaro se ha mostrado en otras ramas de la administración pública, ha tenido con el ejército i la marina una mano verdaderamente pródiga. Mientras la mayoría de los jueces, gobernadores, tesoreros fiscales, administradores de correos, comandantes de policía i muchísimos otros empleos indispensables, conservan el sueldo mezquino de treinta años atrás, los militares de mar i tierra, en el trascurso de veinte años han visto triplicarse su remuneración. Para ellos no hai crisis económica, ni déficit en los gastos nacionales, ni necesidad de haber economías: puede quedar sin laboratorio una cátedra de la Universidad antes que se suprima una banda de pitos o una compañía de trenes<sup>18</sup>.

Venegas culpaba de esta situación a la clase política, admirando la intervención electoral que se practicaba antes de 1891, pues era considerada como un método de selección superior a la “libertad electoral” posterior<sup>19</sup>. En especial, criticaba abiertamente la ley de incompatibilidades parlamentarias, que prohibía a toda persona que desempeñase puestos rentados el presentarse como candidato a diputado o senador:

I esta [la ley de incompatibilidades parlamentarias] es la causa, señor, de que los partidos políticos, bastardeando todos por influjo de una misma causa i en un mismo sentido, no presenten hoi mas diferencia entre si que el nombre: ser liberal –doctrinario, demócrata, nacional, radical, liberal– democrático o conservador es lo mismo porque todos tienen un mismo ideal: la propia conveniencia, i una misma norma de conducta: “el fin justifica los medios”. Vos, señor, habeis visto a miembros prominentes de todos estos partidos cada vez que les ha convenido. Las ideas, los programas, han pasado a desempeñar el papel de esos trabucos i arcabuces que suelen verse en las panoplias; mui grandes, formidables, pero inofensivos; no dan fuego; solo pueden infundir temor a los niños o a los rústicos. No hai disciplina, no hai respeto a los jefes. El patriotismo, el interés público, son paparruchas que solo sirven como lugares comunes oratorios en las asambleas bullangueras de los pueblos chicos<sup>20</sup>.

#### 4 EL INCIDENTE DE LA LEGACIÓN PERCIBIDO POR DOS CONTEMPORÁNEOS

En un periodo de crítica social permanente hacia las autoridades, el caso Beckert sería el argumento ideal para sostener esta “misión suprema” de los organismos estatales: anteponer los intereses de Chile sobre los personales. Esa visión se refleja al analizar dos textos escritos por contemporáneos del crimen: Claudio de Alas y Vicente Donoso Raventos.

Claudio de Alas fue el seudónimo del escritor colombiano Jorge Escobar Uribe, avecindado en Chile. Publicó, entre otras obras *Arturo Alessandri: su vida y su obra* en 1915 y *Fuego y tinieblas: o el drama de la Legación Alemana*, donde realiza un relato novelado del caso. Ya en su primera parte, el autor manifiesta el ideal positivista de “observador externo” de los hechos:

He seguido ese acontecimiento desde su primera etapa, nacida entre las llamas del incendio; he penetrado en toda su tenebrosidad, callado, desapercibido, sin solicitar ni aceptar el concurso de nadie; [...] he realizado investigaciones, que al través de estas pájinas se conocerán; me he posecionado antes de trazar la primera, del

<sup>18</sup> Julio Valdés Cange, *Sinceridad. Chile íntimo en 1910*, Santiago, CESOC, 1998, pp. 163-164.

<sup>19</sup> Valdés Cange, op. cit., p. 76.

<sup>20</sup> Valdés Cange, op. cit., p. 77.

completo conjunto del teatro en que se desarrollan; y he trazado, antes de narrar, un plan concreto y absoluto de este gran drama...<sup>21</sup>

Por su parte, Vicente Donoso Raventos publicó en 1909, con el seudónimo de *Tartarín i Mora* el libro *Beckert ó el crimen de la legación alemana*. En este libro, el periodista del diario *La Unión* critica a la prensa de la época, por haber creído que Tapia era el culpable:

... dejando a un lado los viejos prejuicios, el estrecho márgen de acción en que se debatían sus colegas, audazmente tras la misión del verdadero periodista moderno, señaló una pista [se refiere a la declaración del austríaco Otto Izazkovich y a los dientes del cadáver encontrado en la Legación, que finalmente culparon a Beckert] i sindicó como asesino al glorificado canciller alemán<sup>22</sup>.

## LA VISIÓN DEL COLOMBIANO

Para Claudio de Alas, la sociedad chilena es merecedora de un reproche por el error cometido. Lo hace a través de sarcásticas preguntas:

¿Cuándo Exequiel Tapia, cuando ese pobre lacayo, soñó con verse llevado al cementerio por los mas altos poderes de la Nación?

¿Cuándo pudo sospechar, tener la audacia de pensarlo, que su moreno cuerpo, nacido para los empujes de la lucha ruda, había de ser confundido tras su muerte, con el blanco, delicado en comparación al del mozo, de su altivo amo, el señor don Willy Beckert Frambahuer, segundo secretario de la Imperial Legación de Alemania?

¿Se atrevió alguna vez a soñarse, cadáver carbonizado dentro lujoso féretro de 500 pesos, conducido en carroza de cuatro caballos empenachados, con tren de ujieres, lacayos, palafreneros, guías y postillones de guantes espléndidos?

Si algún día fue al cementerio, ¿tuvo el pensamiento de que ese monumento que por su magnificencia lo admiraba, estuviera destinado para recibir su cuerpo?<sup>23</sup>

Guillermo Beckert es vilipendiado a través de una narración de su vida, desde que llegó a Chile en 1896, sin saber nada de castellano y dos años después *pudo cumplir ese sueño que siempre lo había obsesionado* [sic], *hablarle a las chilenas. Tener muchas amigas ... ¡Amar, amar mucho!*<sup>24</sup>. Una vez que aprendió la lengua, le fue fácil conquistar a una muchacha llamada Carmen, a la que luego abandonó<sup>25</sup> por otra mujer que le presentó su amigo Juan Cárdenas: Natalia López, de quien se enamoró de primera vista en marzo de 1899, cuando la vio entre los curiosos de un incendio en Valdivia<sup>26</sup>. A través de ese enlace, Beckert construyó una familia que aparentemente era ejemplar para la época, llegando a ser escribiente de la Legación Alemana en Santiago:

Tiene muchas relaciones; su casa es visitada por personas de alta representación.

Su esposa, la señora Natalia López de Beckert, hace visitas y es mui visitada.

Su casa está amoblada con suntuosidad, que significa un sueldo mayor de 500 pesos.

<sup>21</sup> Claudio De Alas, *Fuego y tinieblas: o el drama de la Legación Alemana*, Santiago, Zig-Zag, 1909, p. 7.

<sup>22</sup> Tartarín i Mora, op. cit., p. 58.

<sup>23</sup> De Alas, op. cit., pp. 113-114.

<sup>24</sup> De Alas, op. cit., p. 124.

<sup>25</sup> De Alas, op. cit., p. 127. Según el autor, Beckert se limitó a decirle a Carmen: *Óyeme, y no me interrumpas. Vas a conocer el secreto de mi actitud durante la noche en que te rechace con una injusticia tan inmotivada, por lo que te pido perdón. Algo mui grave, que es inútil que pretendas averiguar, me obliga a que desde mañana nos separemos. ¡La causa de mi disgusto esa noche, ha sido precisamente el haber conocido, lo que hoi me obliga a romper este lazo, que me hacía feliz! ¡Porque te amo, Carmen!*

<sup>26</sup> De Alas, op. cit., pp. 124-125. De Alas señala que Natalia era una prostituta que escapó de un lupanar para casarse con Beckert el 10 de julio de ese año. De Alas, op. cit., pp. 134-136.

Constantemente va a los teatros, siempre a palco y acompañado de algún amigo. El señor Ministro de Bodman, lo quiere muchísimo. Es para él un amigo. Además conoce a su esposa, en la que encuentra una dama encantadora digna de las altas cualidades de su distinguido canciller. Willy Beckert, además, es un hombre de esplendideces de príncipe; el dinero le inspira algo como desprecio, por que nunca, con nadie, para nadie, tiene tacañerías. Elegante, correcto; a la moda siempre. Ella, lujosa, magnífica con sus trajes de seda y sus gruesos solitarios, dispersando resplandores sobre la palidez de sus orejas. Sombreros de 800 pesos. Sus manos aristocráticas, radiantes entre anillos. Bella, suprema en su elegancia y magna en la vida de su casa. Son los dos solos, pero tienen cuatro domésticos. Cocina delicadeces extremas; vinos finísimos<sup>27</sup>.

Beckert mantenía a su esposa (y a dos amantes), gracias al robo de 200 mil pesos de los fondos de la Legación, mediante la falsificación de la firma del ministro von Bodman<sup>28</sup>. Temiendo que lo descubrieran al revisar los registros de la Legación, concibió un plan para incendiar las oficinas. Alegando supuestas amenazas de muerte a raíz de los incidentes de Caleu del año anterior, Beckert, contrató un seguro a favor de su esposa y le pidió a su amigo Neupperst (un florista que tenía su almacén en la calle de Ahumada) que fuese testigo de su testamento y se casara con Natalia una vez que muriese. Posteriormente, se fabricó unas barbas postizas y compró varias armas y un soplete<sup>29</sup>, para usarlas en el crimen que cometió el 5 de febrero, que De Alas relata cuidadosamente, enfatizando sus móviles:

Los presentimientos entonces ... La reclamación del Kaiser a Chile, tal vez a cañonazos ... El escándalo mundial ... y ... Doscientos mil pesos desfalcados, 25 mil robados de la caja, y 10 mil cobrados por su mujer a la New York Life [la empresa con la que Beckert había contratado el seguro para su mujer], aparte de la indemnización de Chile a ella y ... ¡lejos, mui lejos, a reir y a gozar!<sup>30</sup>

A lo largo del relato de Claudio de Alas, Beckert se presenta como un individuo capaz de los actos mas bajos, como robar a su empleador o tener hijos adulterinos con mujeres jóvenes de clases bajas, algo que se enfatiza a lo largo del relato. El corolario final de esta imagen criminal es la detenida concepción de un crimen que reportaría un volumen de ganancias que permitiría a Beckert y su esposa (supuestamente huida de un prostíbulo) vivir con comodidad el resto de su vida. En el centro de esta tragedia aparece un humilde empleado chileno que en su ingenuidad, obedeció a Beckert, sin saber que sería asesinado por éste. En conclusión, Beckert fue un criminal sanguinario que solo buscaba agredir al pueblo chileno para beneficio propio.

## LA VISIÓN DEL CRONISTA POLICIAL

El cronista de relatos policiales del diario *La Unión* de Santiago, Vicente Donoso, publicó a fines de 1909 un libro titulado *Beckert o el crimen de la legación alemana*, con el seudónimo de *Tartarín i Mora*. En este texto, el autor pretendía:

... consignar en las páginas de un libro, todas las variadas i emocionantes incidencias que han formado el alma del proceso que actualmente conoce la justicia, recojiendo

---

<sup>27</sup> De Alas, op. cit., p. 139.

<sup>28</sup> De Alas, op. cit., pp. 143-146.

<sup>29</sup> De Alas, op. cit., pp. 153-155 y 161-166.

<sup>30</sup> De Alas, op. cit., p. 188.



para ello las informaciones de la prensa diaria en uno de cuyos mas autorizados órganos hemos trabajado en los días en que el público exigía a los diarios una febril actividad periodística<sup>31</sup>.

Según los datos de Donoso, Beckert nació en 1870 en Nuremberg, siendo hijo de un administrador de una fábrica de cerveza, y gracias a la ayuda de un tío, pudo entrar al curso de Humanidades la Universidad Municipal de dicha ciudad. Durante sus estudios, Beckert se enamoró de la novia de un compañero de curso, y posteriormente lo mató para despejarse el camino<sup>32</sup>, pero temiendo ser descubierto, comenzó una vida errante, huyendo a Berlín, donde obtuvo una ayuda económica que le permitió establecerse en París como contador de una peletería. Pero nuevamente se enamoró, esta vez de Conchita Moreno, una cantante de café que pronto abandonaría Francia con rumbo a Uruguay, y para seguirla, Beckert incendió la tienda para ocultar el robo de los fondos de su empleador<sup>33</sup>. En el viaje a Montevideo, tomó el alias de *Barón de Folke* y cortejó a la cantante, aprovechando su dominio del idioma francés<sup>34</sup>. A su llegada a Montevideo, arrendó un departamento que compartía con ella, y entabló amistad con importantes miembros de la élite de Uruguay. Gracias a la amistad que tenía con un influyente estanciero de dicho país, logró conseguir la suma de diez mil pesos, y aprovechando que Conchita estaba en una función en el Odeón, le robó sus alhajas avaluadas en dieciocho mil pesos, para posteriormente abordar un barco que lo condujo a Chile<sup>35</sup>.

En Chile se evidenciarían los rasgos criminales de Beckert. En Valdivia robó 500 pesos de una fábrica de licores y fue despedido de un banco en Concepción por manejos inescrupulosos de dinero. Vuelto a Valdivia, consiguió un empleo en la Empresa de Tracción Eléctrica, pero fue despedido por haber robado cinco mil pesos<sup>36</sup>. Sin embargo, pudo enrolarse como inspector del Colegio Jesuita de Valdivia, siendo nuevamente despedido debido a su costumbre de golpear a los alumnos<sup>37</sup>. Posteriormente, se dirigió a Santiago, donde obtuvo el puesto de canciller subrogante de la Legación, que le permitió:

... usar del dinero puesto bajo su custodia [...] para satisfacer sus instintos de lujuria i desenfreno. Con una misera renta de doscientos pesos mensuales mantenía en relativa holgura a su esposa, Natalia López, i a sus dos queridas, Sara Neira i Mercedes Pacheco<sup>38</sup>.

Según Donoso, Beckert usaba el dinero para mantener a los dos hijos que tenía con ambas mujeres, pero sabía que tarde o temprano tendría que ser descubierto, por lo que incendió los consulados de Valparaíso y Santiago para eliminar las evidencias incriminatorias. Luego cometió el homicidio y posterior incendio de la Legación en Santiago, aprovechando que tanto el Ministro como el Secretario no se encontraban<sup>39</sup>.

<sup>31</sup> Tartarín i Mora: *Beckert o el crimen de la Legación Alemana*, Santiago, Imprenta, Litografía i Encuadernación Barcelona, 1909, pp. 3-4.

<sup>32</sup> Tartarín i Mora, op. cit., p. 8.

<sup>33</sup> Tartarín i Mora, op. cit., pp. 18-28. Según este autor, Beckert le pagó nada menos que seis mil francos a un estudiante de medicina a cambio de un esqueleto. El día del incendio envolvió el esqueleto en pieles inflamables, lo vistió con un uniforme militar y lo colocó junto a dos latas de petróleo. Posteriormente, habría robado los fondos de la tienda (95 mil francos) e inició un incendio que la consumió por completo. Tartarín i Mora, op. cit., pp. 28-32.

<sup>34</sup> Tartarín i Mora, op. cit., pp. 32-33.

<sup>35</sup> Tartarín i Mora, op. cit., pp. 39-40.

<sup>36</sup> Tartarín i Mora, op. cit., pp. 41-42.

<sup>37</sup> Tartarín i Mora, op. cit., pp. 43-47.

<sup>38</sup> Tartarín i Mora, op. cit., pp. 48-49.

<sup>39</sup> Tartarín i Mora, op. cit., pp. 50-56.

Para Donoso, Beckert es la encarnación de los rasgos psicopáticos de una persona que tiene como objetivo la corrupción de la sociedad y llega incluso a concebir un crimen abominable que estuvo a un tris de provocar una guerra entre dos países amigos, como lo eran Chile y Alemania. El asesinato de Tapia no se entendió como un crimen ordinario, sino como una agresión directa al honor de Chile que la prensa no fue capaz de descubrir hasta que *La Unión* demostró la culpabilidad de Beckert.

## 5. CONCLUSIÓN

Las reacciones de Donoso y de Alas ante el incendio y posterior crimen en la Legación del Imperio Alemán, contemporáneos del fenómeno, tienen una marcada lógica positivista, marcada por la crítica social, rasgo que comparten con los autores más importantes del periodo, como Francisco Antonio Encina, Nicolás Palacios y el emblemático Alejandro Venegas (Dr. Valdés Cange). Como tantos intelectuales del cambio de siglo, presentaron el caso como emblemático, ya que no se trataba de un crimen ordinario, sino de una agresión a la nación chilena, ante la cual el Estado debía responder asumiendo su inobjetable deber de resguardar la tranquilidad y el progreso de la sociedad chilena.

Ambos autores crean un *imaginario de defensa de lo chileno*, potenciando lo autóctono de la cultura chilena. El portero de la Legación, un chileno, encarna el "arquetipo nacional": un individuo eficiente y obediente, que cumple a cabalidad su rol en la sociedad. Es presentado como un trabajador abnegado y un esposo ejemplar, que rehúye las "tentaciones" que existían en la época para las clases populares, como el juego y el alcohol. Bienvenida Salgado (su esposa), recalca estos rasgos en su marido, enfatizando que jamás le había levantado la mano ni a ella ni a sus hijos, en un rasgo poco común para el hombre chileno de principios del siglo XX.

En cambio, Guillermo Beckert, el Canciller (o *escribiente*) de la Legación Alemana, es presentado como la encarnación de los males sociales que amenazan el porvenir de la sociedad chilena. De Alas y Donoso recalcan sus rasgos negativos: borracho, jugador, seductor y delincuente, capaz de urdir los más siniestros planes para conseguir sus objetivos. Así, asesinó a un inocente chileno que, confiado, obedece sus ordenes, pero no sabía que se encontraba en el centro de un plan que provocaría una guerra entre Chile y los ejércitos del Kaiser, que le reportaría una suculenta indemnización a su esposa, además del pago del seguro que le correspondería por su viudez. Así, en la personalidad de Beckert se configura la metáfora de un agresor que buscaba su propio beneficio a costa de la confianza de sus patrones y compañeros de trabajo, para lograr sus siniestros objetivos.

En este sentido, el análisis de estos pensadores resulta relevante para comprender la cohesión social que provocó el *crimen de Beckert*. No sólo se trataba de la muerte de un chileno a manos de un extranjero, sino que este extranjero era portador de las malas influencias que se debían erradicar de la sociedad para así lograr el avance al periodo de felicidad plena que ansiaban los positivistas, por lo que endosan al Estado la responsabilidad de no haber detenido antes a un individuo que había cometido delitos en países como Francia y Uruguay, y que se trasladó a Chile solo a delinquir, ocultando a la opinión pública chilena sus verdaderas intenciones.

---

## BIBLIOGRAFÍA

- Benadava, Santiago** (1986): *El crimen de la Legación Alemana*. Santiago, Universitaria.
- De Alas, Claudio** (1909): *Fuego y tinieblas: o el drama de la Legación Alemana*. Santiago, Zig-Zag.
- Encina, Francisco A.** (1990): *Nuestra inferioridad económica*. Santiago, Universitaria.
- Góngora, Mario** (2003): *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Santiago, Universitaria.
- Krebs, Ricardo** (ed.) (1981): *Catolicismo y laicismo: seis estudios*. Santiago, Ediciones Nueva Universidad.
- Tartarín i Mora** (1909): *Beckert ó el crimen de la Legación Alemán*. Santiago, Imprenta, Litografía i Encuadernación Barcelona.
- Valdés Cange, Julio** (1998): *Sinceridad. Chile íntimo en 1910*. Santiago, CESOC.